

# Ahuizote

Nombre científico: *Urocherion anahuachensis*

Hábitat: zona lacustre del Valle de México

Último avistamiento registrado: finales del siglo XIX

A pesar de todos sus esfuerzos, los científicos han fracasado es-trepitosamente al tratar de identificar a esta terrible bestia que tiene la mala costumbre de alimentarse de seres humanos. Aunque no se les ha visto desde hace más de cien años, los ahui-zotes podrían estar escondidos y listos para atacar a los chilangos en cualquier momento. Con ellos sucede algo muy parecido a lo que ocurre con el monstruo verde que vive en el centro de la Tierra y que puede salirse a causa de un terremoto, o con las ratas gigantes que habitan en las cuevas que están debajo del Mercado de la Merced. No importa que muchos las nieguen y otros digan que son mentiras, estas amenazas son absolutamente reales y nos pueden alcanzar en el momento menos esperado.

Hasta donde he podido averiguar, durante los últimos trescientos años los científicos sólo han escrito boberas sobre el ahvizote. Para dar una buena muestra bastan unos cuantos casos: estaban segurísimos de que este animal era un coyote chaparro. Su piel peluda, su hocico más o menos alargado y sus pequeñas orejas confundieron a los científicos de cabo a rabo. Y para terminar pronto y presumir de que habían trabajado como locos, se limitaron a compararlo con lo primero que se les vino a la cabeza: un coyote más o menos pacífico. Sin embargo, pocos años más tarde —después de enterarse de la desaparición de varias personas— se arrepintieron y empezaron a pensar que, en realidad, el ahvizote era un lobo regordete. Según ellos, su notoria barriga no podía ser ignorada así como así. Es más, como los lobos tienen peor fama que los coyotes, no había ningún problema en culparlos por los seres humanos que se desayunaban los ahvizotes.

20

Esta opinión tuvo cierta fuerza y se organizaron sonadísimos congresos internacionales para averiguar si el ahvizote estaba emparentado con los hombres lobo, esta idea tuvo su momento de gloria y más de uno trató de cazarlos con un rifle lleno de balas de plata. Durante varios meses, los científicos estuvieron discutiendo el asunto y esperando noticias de los valientes que se apuntaron para cazar a estos lobos con rifles cargados de balas de plata, pero éstos jamás volvieron de sus correrías. Al final, los congresistas no llegaron a ninguna conclusión digna de tomarse en cuenta, en lo único que estuvieron de acuerdo fue en la idea de que “el que es panzón aunque lo fajen”. Todos se regresaron a sus países absolutamente convencidos de que sus colegas estaban equivocados y de que ellos eran los únicos que tenían la razón.



La idea de que el ahuízote era un lobo panzón tampoco tuvo un buen final: un embajador gringo le hizo el feo. “Es un perro pelón y mudo, luego luego se ve que es un *xoloitzcuintli*”, dijo el estadounidense en una conferencia y todos empezaron a creerle. Es más, para que nadie pudiera llevarle la contra, escribió un libro bastante grueso y lo ilustró con un dibujo sin mucho chiste (aquí entre nos era bastante feo y sus trazos dejaban mucho que desear). Bajo esa imagen del ahuízote podía leerse su sentencia definitiva: “perro mudo”. Y, como todos les creen a los libros, nadie se atrevió a dudar de las palabras del güerito. Entonces pasó lo que tenía que pasar: todos se olvidaron del verdadero ahuízote y empezaron a pensar que era un *xoloitzcuintli* muy mal retratado. Un gravísimo error, pues mientras todos los científicos estaban muy tranquilos, los ahuízotes se almorzaron a otras 347 personas.

21

La idea de que el ahuízote fuera un perro mudo se mantuvo durante un buen tiempo, y varios paleontólogos la respaldaron con enredadísimos argumentos que se publicaron en un respetable número de libros y en muchas revistas de fama mundial. Pero como los científicos nunca se ponen de acuerdo, las réplicas terminaron por mostrarse: “Es una nutria”, dijeron algunos mientras hacían cara de serios; “es un castor”, afirmaron otros haciendo cara de yo-lo-sé-absolutamente-todo, y otros más estuvieron convencidísimos de que el ahuízote era un tlacuache anfibio. Sin embargo, la verdad es que ninguno le atinó.

Así, después de trescientos años de disputas, congresos, seminarios y conferencias internacionales, la conclusión de estos esfuerzos es poco más que desastrosa: los científicos no han podido ponerse de

acuerdo, y sus acaloradas discusiones sólo llevaron a la fundación del Instituto Nacional de Investigaciones Ahuizológicas y su respectiva biblioteca, la cual apenas es visitada por algunos de los ratones más cultos que literalmente devoran las páginas para que la sabiduría entre en sus cuerpos.



22

Los errores que cometieron los científicos son muy fáciles de explicar: ninguno se fijó bien en las esculturas del ahuirote que hicieron los aztecas antes de que llegaran los españoles, y por eso les pasó inadvertido el secreto que se escondía en la imagen de su cola, la cual no es larga ni rizada como la que tienen algunos perros, tampoco es gorda y peluda como la de los castores, y mucho menos es calva como la de los tlacuaches. Su rabo terminaba en una mano casi idéntica a la que tienen los mapaches. Basta con comparar las colas para que todo quede claro.

Estamos ante un hecho absolutamente cierto que ya había sido mencionado por algunos sabios, quienes nos heredaron una descripción precisa de esta bestia: el ahuirote era del tamaño de un perrito mediano, tenía las orejas puntiagudas y unas manitas como las de los mapaches, los monos o los tlacuaches. Su color era oscuro y parecía bastante resbaloso, quizá por su condición acuática, pues es indudable que los pelos mojados siempre tienen la apariencia de chapopote. Su característica distintiva, como ya lo he dicho, era la mano que estaba al final de su cola. Su hábitat también fue precisado por aquellos eruditos: los grandes lagos que rodeaban la Ciudad de México, aunque sus principales avistamientos ocurrieron en la zona de Texcoco.



A golpe de vista, una bestia con esas características parecería inofensiva. Sin embargo, los documentos más antiguos precisan que el ahui-zote era un fierísimo depredador: cuando los pescadores aztecas se adentraban en el lago de Texcoco, las aguas comenzaban a hervir, y de la nada surgía una espuma densa y tan apestosa como los huevos podridos o los gases que se crean en la panza gracias al frijol con puerco.

Como es de suponerse, los pescadores se quedaban patidifusos —ni siquiera podían decir “¡ay, nanita!”— y de inmediato eran atrapados por los ahui-zotes, que los sumergían y los llevaban a las cuevas que estaban en las profundidades del lago. Ahí, sin miramientos ni piedad, les arrancaban los ojos, los dientes y las uñas antes de devorarlos casi por completo. Hasta donde sé, los ahui-zotes tenían una marcada preferencia por los muslos, las pantorrillas y la parte donde la espalda pierde su nombre.

Cuando los cadáveres parcialmente devorados aparecían en la orilla del lago, los sacerdotes aztecas los recuperaban y los enterraban alrededor del templo del dios de la lluvia. Tláloc era el único que los recibía con muchísimo gusto, de la misma manera en que recibía a los que se morían achicharrados por un rayo. Estas muertes anunciaban la llegada de la temporada de lluvias. Efectivamente, las víctimas de los ahui-zotes eran una bendición para todos los aztecas: gracias a ellas se espantaban las secas y, de pilón, tenían muy contento al dios de la lluvia.



Al revisar con más cuidado aquellos viejos papeles, también descubrí que los pescadores no eran las únicas víctimas de los ahuizotes: los avaros que guardaban piedras preciosas siempre tenían un mal destino cuando se acercaban al lago de Texcoco. El verde del *chalchihuitl*<sup>1</sup> era un imán irresistible para los ahuizotes, que obedecían los mandatos de los achichincles de Tláloc, los tlaloques, y éstos les tenían una gran envidia a los dueños de aquellas piedras que simbolizaban el agua y la fertilidad, pero, como los ricachones de Tenochtitlan conocían las capacidades depredadoras de los ahuizotes, siempre andaban con mucho cuidado y jamás se subían a una canoa. Valía más seguir vivo y coleando que ir a dar una vuelta en una trajinera.

24

Dado lo anterior, los ahuizotes inventaron una manera de atraerlos, algo muy parecido a lo que hicieron algunas de las serpientes más peligrosas que estudiaremos más adelante. Así, mientras ellos estaban en la orilla del lago, los ahuizotes se salían del agua con mucho cuidado para que no los vieran, se ocultaban entre las hierbas y, sin decir agua va, comenzaban a imitar el llanto de un bebé recién nacido. Sus chillidos eran tan convincentes que los avariciosos se acercaban y su futuro se decidía en un instante gracias a las cinco manos que se movían como si fueran una sola. Tras la muerte y el banquete caníbal, los tlaloques llegaban a la caverna y los ahuizotes les entregaban los *chalchihuitl* que habían conseguido.<sup>2</sup>

---

1 Jade.

2 Aunque estos datos son muy importantes, es necesario aclarar que aún no han sido comprobados: las excavaciones del metro, no obstante su profundidad, no permitieron el hallazgo de las cuevas donde vivían estas bestias. Todo es cosa de cavar más para abajo y seguramente encontraremos sus hogares que, según parece, no están muy lejos del infierno.



Los hechos que he contado me permiten explicar la ausencia de cacerías de ahuízotes entre los aztecas: como estos animales servían al dios de la lluvia y a sus ayudantes, los tlaloques, era mejor dejarlos en paz y aceptar la pérdida de unas cuantas vidas. Si Tláloc se enojaba, todos la pasarían bastante mal, pues la sequía se ensañaría con sus siembras y ellos terminarían con las tripas pegadas al espinazo. Para colmo, las serpientes de fuego se adueñarían del cielo y las secas jamás se acabarían. Una tragedia mayúscula, no hay duda.



El hecho de que los ahuízotes no fueran cazados por los antiguos pobladores del valle también me coloca ante un nuevo problema: si nadie se atrevía a darles matarili, ¿por qué razón no han ocurrido avistamientos de estas bestias desde hace casi doscientos años?

25

Pese a su enigmática apariencia, esta pregunta no es difícil de resolver: durante varios siglos, los habitantes de la Ciudad de México estuvieron necios con la idea de secar los lagos que la rodeaban —algo que consiguieron después de grandes esfuerzos que dieron como resultado planicies salitrosas y muchos kilómetros cuadrados de asfalto y banquetas— y los ahuízotes perdieron su hábitat.

Por esta causa, según algunos, sobrevino su extinción; aunque otros están convencidos de que se escondieron en las cavernas más profundas e iniciaron una larguísima hibernación para aguardar el momento de regresar. Éste, sin duda alguna, es un hecho preocupante: una lluvia

torrencial podría despertarlos y entonces volverían a las andadas. Por lo tanto, es mejor no acercarse a las coladeras durante los chubascos y aguaceros, cinco manos pueden brotar del agua para atraparnos y llevarnos a las profundidades que aún permanecen inexploradas.

